

todas sus fuerzas. El agua escurrió primero á chorros, luego en delgados hilos y límpidas gotas, hasta que por fin el lienzo quedó enjuto. La huérfana hacía esta operación inclinándose hacia adelante, con la falda recogida en plegones, para no mojarse enaguas y pies, luciendo desnudos los hermosos brazos, muy redondos y cubiertos de finísimo vello.

—Lavan, sí—replicó el mozo,—y cantan que es un regalo.

“¡Tan! ¡Tan! Niña, á tu puerta”..... é interrumpiendo la copla y riendo agregó:

—Esta noche, señorita cantadora, me cantará vd. Ya la guitarra está pidiendo que le hagan cosquillas. El otro día, al entrar, le oí decir quedito, muy quedito: ¡quiero cantar!..... ¡quiero cantar!..... Y hoy cantará; tendremos música: hay que darle gusto. Ella en pago cantará aquello de las *golondrinas* y las *madreselvas* que no volverán.

—No cantará, Gabriel; no cantará, porque no tiene cuerdas.

—Se encordará.

Carmen sonreía alegremente y Gabriel clavaba en ella una mirada lánguida y amorosa. Notólo, y para evitarlo, dijo, levantando al cielo sus hermosos y rasgados ojos.

—¡Qué cielo tan azul!

—¡Muy lindo—contestó el mancebo, sin saber lo que decía.— Cantará vd. ¿no es verdad? ¿Esta noche, después de cenar, cuando Tacho venga? No, no quiero que venga. Le diré esta tarde que no estamos aquí..... No quiero que oigan á vd., ni Tacho ni nadie; sólo yo..... ¿no es cierto?

—¡A Dios! ¿Y por qué?

—Vamos, porque no me agrada que otro la vea á vd.; ni que digan que es vd. bonita..... vaya, no me gusta..... yo soy así, como celoso...

—¡Celoso!

—No; celoso no. ¿De qué? ¿Ha dicho vd. alguna vez que me quiere? ¿Se lo he dicho yo? La verdad es que yo la quiero á vd. mucho, pero mucho, mucho..... y tampoco se lo he dicho..... hasta ahora.

Carmen callaba encendida, trémula. Gabriel también temblaba. Ella no alzaba los ojos, y él no habría resistido una mirada de aquellas pupilas negras como la noche y encubiertas por la sombra de rizada pestaña.

—Hasta hoy—continuó Gabriel—hasta hoy nunca le dije nada..... Con los ojos sí. ¿No lo había vd. comprendido?

—¿Yo?..... no..... no.... más bien, sí.... y yo también Gabriel.... Pero, váyase, váyase..... Nos van á oír. Doña Panchita no tardará en volver..... Vea vd. á Malenita que nos está mirando desde allá.

Gabriel se fué paso á paso.

—No olvide vd. las cuerdas! Si no, no habrá canto esta noche..... Romanas ¿eh?

Una alegría jamás sentida llenaba el alma del muchacho; el corazón se le salía del pecho. Era en aquel momento tan dichoso, que, sin darse cuenta de ello, le daban ganas de morir.

Llegó al zaguán, y dirigiendo al cielo una mirada vagamente dulce, exclamó. “¡Qué cielo tan azul!”

Adentro la huérfana seguía cantando:

“.....Niña, á tu puerta,
llamando Amor está.....”

VI

Perdonemos al pobre muchacho sus vanidosos alardes. La joven le trataba con afecto y cariño fraternales, pero á decir verdad, nunca había dado motivo para que Gabriel dijera que se *entendían*. El ebanista estaba temeroso de que otro pretendiera conquistar el corazón de la huérfana; sabía que Tacho era un pillo muy largo, y juzgó del caso hacer constar que el pajarillo tenía dueño.

Gabriel era vanidoso. Vanidades pueriles eran las suyas, pero al fin vanidades. Se creía guapo, simpático, elegante, pretendía ser muy hábil en su oficio, y se preciaba de consumado jinete.

Cuanto á lo primero, puede decirse que no andaba el mozo lejos de lo cierto. Se comparaba con sus amigos y compañeros y por fuerza tenía que creerlo así. Estos, celosillos y hasta envidiosos, no podían negar la superioridad del muchacho y le otorgaban, sin escrúpulos, la palma de la guapeza obreril.

Cierta ocasión, pasando ante las ventanas de unas señoritas, muy afamadas por su riqueza, hermosura y elegancia, oyó que unas polлитas, á cual más linda, se dijeron:—“¡mírale, tú! ¡mírale! ¡qué apuesto que es! ¡qué bien vestido y qué afroso!” Aquel elogio que de tan alto venía, le mareó; se le fué la cabeza por los precipicios de la vanidad, y desde entonces puso particular cuidado en vestirse bien; no tanto en los días de trabajo; pero lo que es domingos y días de fiesta iba siem-

pre hecho un veinticuatro, y pocos de los de su clase alcanzaban á igualarle en lo majo y estrenador. Sus amigos solían decirle:—“Gabriel: te echas encima cuanto ganas!”—Y así era.

De tiempo en tiempo, el día que estaba más *plantado*, se daba una pasadita por las ventanas aquellas de las susodichas admiradoras para darles golpe. ¡Simpleza más grande! Ellas, á veces, pocas, paraban atención en el mancebo y se dejaban decir entre dientes, un piropo. El mozo, más ancho que un pavo, se volvía todo oídos para recoger la frase halagadora; pero casi siempre ni se fijaban en él.

Una de tantas ocasiones, al verle, se rieron con mucha malicia. De fijo que aquello era una burla. Esto le pudo mucho, y murmurando una insolencia, humillado, y colérico, siguió adelante, resuelto á no volver á pasar por aquella casa. Este lance le curó un poco de sus achaques de vanidad, y desde aquella tarde se declaró enemigo de mujeres ricas y emperregiladas, por bonitas que fuesen.—“¡Caritas! ¡Esas *catrin*as no sirven para nada!” ¡Más orgullosas y más groseras!

En cuanto á sus habilidades de ebanista, Don Pepe Sierra estaba muy satisfecho de su oficial. Ya le fiaba trabajos difíciles: tocadores tallados, camas suntuosas, monumentales roperos, Gabriel lo hacía todo, sin que nadie pudiera poner *pero* á lo que salía de sus manos. Nada de hojear catálogos extranjeros para *tomar idea*, no, señor, nada de eso. El mismo maestro se quedaba turulado, cuando el muchacho se acercaba con un dibujo en la mano, diciendo:—“Señor maestro, vea vd.: voy á ponerle al tocador esto, lo otro y lo de más allá, aquí, estos grifos: en la cornisa, un bocelito de dos pulgadas; en el copete estas hojas..... ¿le parece á vd. bien?”—“Bueno, bueno,—contestaba el maestro, reprimiendo un arranque de admiración.

Don Pepe era generoso. Una vez al dar término y remate á un elegante mueble, que el dueño pagó largamente, [tan satisfecho así quedó de la obra], el maestro gratificó al habilidoso ebanista, y dándole un billete de cincuenta pesos, le dijo:—“Tú lo trabajaste, tú lo ganaste, toma, esto es tuyo: emplealo bien.” Gabriel no puso el consejo en saco roto y se echó encima buena parte de los cincuenta duros.

Los compañeros le bromeaban después, invitándole á copas:—“Convidala hermano: para eso y más te alcanzan los cincuenta *grullos* del aparador.”—“¡Qué! ¡Si ya no me queda ni medio!”—“¿Pero qué hiciste con tanta plata?”—“Me dí una manita de barníz”.....—Sin embargo, luego pagaba el gasto sin mezquindades ni tacañerías.

Gabriel no era lo que se llama un *charro*. Sentábase en la silla con cierta naturalidad y gentileza, y nada más. Para manejar un caballo era un colegial. Él se daba humos de jinete experimentado, y cuando se hablaba de *charreo* salpimentaba la conversación con muchos términos del arte, que en boca suya caían en gracia y hasta parecían darle cierta autoridad en la materia.—“¡Papas! ¡Puras papas!”—decía Pancho Solís—“En buen aprieto se vió aquel día que fuimos al herradero, cuando el torete lo acorraló contra la puerta..... pero eso sí, él cuenta que *coleó* y *manganéó*, mejor que Ponciano.... ¡ni á los becerros!” Y cuando se le encontraba, echándole el brazo, le decía:—“¡Ahora Ponciano! ¿Cuándo te vas para España?”—“Pronto, hermano:—contestaba Gabriel—tú serás mi Oropesa; Tacho, mi Celso, y ya verás como venimos pintados en “*La Lidia*.”

Todos le querían y se disputaban su amistad. Seco y áspero en su casa, fuera de ella pecaba de comunicativo y amable. Cuando estaba de buen humor conversaba con cierta gracia y donosura, y no había poder humano que le cortara la hebra. En el fondo era irascible. Pocas veces se atufaba; más cuando llegaba á montar en cólera era un león exasperado, ciego por la ira, no reparaba en nada y nadie le detenía. Una tarde, no estaba para bromas, y por una chanza, inofensiva de por sí, pero molesta por lo repetida, se le subió la mostaza á las narices, y arremetió, formón en mano, contra uno de sus camaradas, quien por milagro escapó de sus furores. Gracias á que Don Pepe acudió á tiempo, si no aquella tarde se hubiera cometido en el taller del pacífico Sierra un delito que hubiera dado quehacer á los periodiquitos vocingleros de la ciudad, tan afectos á escándalos gordos y tan amigos de crónicas patibularias.

El bromista fué despedido, y Gabriel amonestado por Don Pepe, con una dureza muy extraña en el maestro, que era persona de esas á quienes se les pasea el alma por el cuerpo. El oficial se reportó á tiempo, y ofreció ser, en lo de adelante, menos arrebatado y belicoso.

Hay en el primer amor un sentimiento de lúgubre tristeza. Acaso provenga de que el enamorado, en medio de los éxtasis de la pasión correspondida, presiente lo fugitivo de su dicha, rauda como el paso de las estrellas errantes, y acierta á comprender que, á poco, el cielo de su alegría quedará velado y oscurecido por las brumas de la desconfianza y del dolor.

No á todos es dado explicarse el por qué de la fúnebre tristeza que parece enlazar los arrobos del primer amor con los postreros instantes de la vida. No parece sino que la muerte nos acaricia lisonjera, cuando el amor suspende en nuestros labios la expresión de los afectos, hace afluir la sangre á nuestro pecho y nubla nuestros ojos con una lágrima de felicidad. ¿Quién acertará á explicar las ocultas y misteriosas relaciones, que hay entre el amor y la muerte? Ésta vela con apacible sombra las alegrías de la pasión correspondida, y próximos á rendir el último suspiro, cuando los pálidos soles de la vejez nos dicen que estamos cerca de la tumba, las memorias del amor primero, tan puro, tan noble, y de ordinario malogrado, vienen como una oleada de savia primaveral, á reanimar, aunque por breves horas, nuestro aterido y desmayado corazón.

Este dulce sentimiento de tristeza dominaba á Gabriel, después de haber oído de la huérfana la confesión ingenua de su cariño; confesión hecha más bien con los ojos que con la boca, y nacida de lo más profundo del alma. Mas el ebanista no entendía, ni se daba cuenta de estas sutiles filosofías; en su carácter y rudeza no cabían delicadezas tales, y como si sacudiera de su alma aquel anhelo de morir, entregó su mente á los sueños, su corazón á la esperanza, y todo su espíritu á la inefable ventura de amar y ser amado.

Y hubo canto aquella noche, sí que le hubo, á la luz de la luna, en el corredor, bajo el alero, al pie de un pilar, cuando las vecinas se habían encerrado ya y Doña Pancha más afecta á la plática y al chachareo que á melancólicas enamoradas trovas, tejía con chismes y cuentos de todo género la trama de una conversación por extremo interesante, con la señora portera y su esposo el viejo militar.

El plañidero instrumento, con su nueva encordadura, sonaba que parecía una orquesta. En manos de la huérfana, muy hábil tañedora, reía y se querellaba: ora prorrumpía en vivísimo *alegro*, ora discreto y tímido, murmuraba amorosas frases y lloraba y gemía.

Al pie del pilar, en el ancho espacio iluminado por el satélite, cuyos rayos dibujaban sobre los ladrillos del piso la ondulada línea del alero, extendió el mozo un petate fino y nuevo, y colocó contra la columna una silleta tosca. En ella tomó asiento la huérfana, y á sus piés quedó el mancebo, fijos los ojos en la beldad cantora. El grupo era bello. Cómo no recordar al verle, los dibujos de las novelas románticas, en que de rodillas sobre muelle almohadón franjado de oro, pajecillo gen-

til dice ardientes amores á una castellana soñadora, entre cuyas manos vibra con trémulo canto, la quejumbrosa mandolina!

Tras los acordes del preludeo, tras el rasqueo nervioso al són de uno de esos acompañamientos populares, desatinados é incorrectos, en que los bordones hacen el gasto y que provocan á risa á los músicos sabihondos y de verdad, pero en los cuales palpita la vida con todas las ternezas amorosas y con todos los arrebatos de la pasión, entonó la joven *en sol menor* una rima de Bécquer, lánguida como las brisas de los cármenes sevillanos, con una melodía importuna, si se quiere monstruosa, vamos, un pecado mayúsculo contra los cánones del arte, que pretendía interpretar á maravilla las divinas estrofas del poeta.

Gabriel callaba embelesado, y mientras tornaban al balcón las *fielesavecillas*, y se abrían *las madre selvas* escalando las tapias, aquellas dos almas jóvenes y amantes, se confundían en una sola, como dos llamas de una misma fogata, como dos notas de una misma lira.

Atraídas por la música fueron abriendo las vecinas sus ya cerradas puertas y acercándose á escuchar la canción que entonces andaba en boga, la hermosa canción de las *golondrinas*, que las muchachas del patio se sabían de memoria, y que Malenita guardaba *de letra de imprenta*, pues el Licenciado, á ruegos de su amiga, la había puesto en "*El Radical*." Magdalena tenía sus puntas de letrada y sabidilla, y sus ribetes de libre pensadora y *protestanta*. ¡Prodigios de la prensa y de la enseñanza primaria superior!

—¡Qué imprudentes y qué curiosas!—pensaba Gabriel—¡Qué oiga desde su puerta cada cual, y no vengan á servir de estorbo! ¡Vaya con los moscas!

De *las golondrinas* pasó Carmen á otros cantares. A petición de Malenita, cosas de "*Marina*" y las coplas de "*Boccacio*, para contentar á las del 15, la jota de los *ratas*, la mazurka de los *marineritos* y el vals del *Caballero de Gracia*, el hermoso vals del *Caballero de Gracia*.

Cuando Carmen callaba y reinaba en el concurso el silencio de la admiración, oíase cómo los pájaros de Doña Pancha, que en sendas jaulitas asistían al concierto, aleteaban y gorjeaban en lo más obscuro del corredor.

El portero, dando al olvido *sus bilis* y su reuma, muy erguido y sentencioso, con una mano á la espalda, mascando el extinto tabaco y escupiendo tinta, aplaudió á la cantora y celebró su habilidad con el ¡cay! más entusiástico que oirse puede. También quiso escuchar sus

canciones favoritas: la "Lola" y el "No me mires por Dios te lo pido....." pero la huérfana no sabía de esos vejestorios.

Gabriel se daba á los setecientos mil diablos coronados y no dejaba de repetir para su sarape.—"¡Gente más mosca, nunca la he visto yo. ¿Quién les ha dado vela en el entierro?"

Disgustado y mohino manifestó rudamente sus enojos, y con tres palabras, bruscas y redondas, dió término al concierto.

Las vecinas se retiraron contrariadas y murmurando:

—¿Qué me dice vd. de la *Calandria*, Petrita?

—¡Ay, mi alma! ¿Y vd. que me dice del *calandrio*, hijita? ¡Ayúdeme vd. á sentir!

RAFAEL DELGADO.

[Continuará.]

EL SR. GOMEZ FLORES Y SUS TRABAJOS LITERARIOS.

Las presentes líneas ni son ni pretenden ser un estudio crítico.

Tenemos la profunda convicción de que el verdadero crítico de cualquiera producción de la inteligencia humana debe saber tanto por lo menos como aquel á quien critica. De otra manera los ensayos pseudo-críticos se aproximan mucho á las correcciones que hizo alguna vez un público profano en la obra de un gran pintor: quién le compone la nariz, el otro le alarga la oreja, el de más allá pretende cambiarle la intención de la mirada, fulana le compone la boca, sutana le remanga el labio superior, mengana le acorta la barba, y de esta manera la obra maestra del artista quedó convertida en un monstruo de fealdad é imperfecciones.

Conste pues, por lo dicho, que este artículo es sólo la expresión de una opinión personal. ¿Por qué la publicamos? Por dos razones: la primera porque el literato, objeto de estas líneas, digno es de que se conozcan sus producciones y de que se advierta al público lector que si quiere leer con seguridad algo bueno, recurra á ellas y las saboree; la se-

gunda razón es especialmente nuestra y consiste en el deseo que todo s tenemos de que álguien oiga y conozca por bien ó por mal, nuestras opiniones, y como la mejor manera de que éstas sean conocidas no sólo de uno sino de muchos individuos, es la prensa, por eso nos hemos decidido á darlas á luz, quedándonos un consuelo, y es que por malas que sean aquellas servirán para hacer dormir alguna vez á los lectores de esta revista quienes bastante bueno leen siempre, para que no les venga de molde por excepción un mal artículo como contraste con los demás, y que sirva de narcótico á quienes padezcan habitualmente insomnios. Pero basta ya de prefacio y comencemos.

Las obras del conocido escritor Francisco Gómez Flores que hemos podido tener en nuestras manos y leer por consiguiente, forman tres tomos de diferente título y conteniendo artículos escritos en diversas épocas. Intitúlase el primer tomo: *Bocetos Literarios* y contiene pequeños artículos meramente literarios, revistas diversas, entre ellas varias dramáticas, y artículos biográficos y críticos dedicados á varias personas, y muy especialmente al distinguido poeta lírico yucateco José Peón y Contreras.

Revélase desde luego en las primicias del Sr. Gómez Flores un criterio sano é imparcial que según nuestra pobre opinión no es fruta corriente en el mercado de nuestras producciones literarias. Así por ejemplo, al criticar muy justamente la tendencia muchas veces manifestada en algunos de nuestros literatos, especialmente los neófitos, de imitar á los grandes escritores extranjeros y hacer de ellos su arquetipo y modelo, dice lo siguiente: "siempre que se quieran imponer á un pueblo principios que repugnen á sus hábitos sociales, á su modo de ser, á sus cualidades características como pueblo distinto de los otros pueblos, se tropezará indefectiblemente con dificultades casi insuperables, pues hay que tener en cuenta que las naciones representan en la humanidad el mismo papel que los individuos en la sociedad: cada uno tiene su carácter propio, sus elementos especiales de riqueza y su misión particular que cumplir en el desarrollo histórico del linaje humano."

Apreciaciones como la anterior, claras, concretas, oportunas y justas, las hay á cada momento en los artículos del Sr. Gómez Flores. Empero un buen literato no tiene todo, cuando posee buen criterio y despejada inteligencia, necesita tener además de otras varias cualidades, perfecto conocimiento y sentimiento íntimo del arte, y además bastante